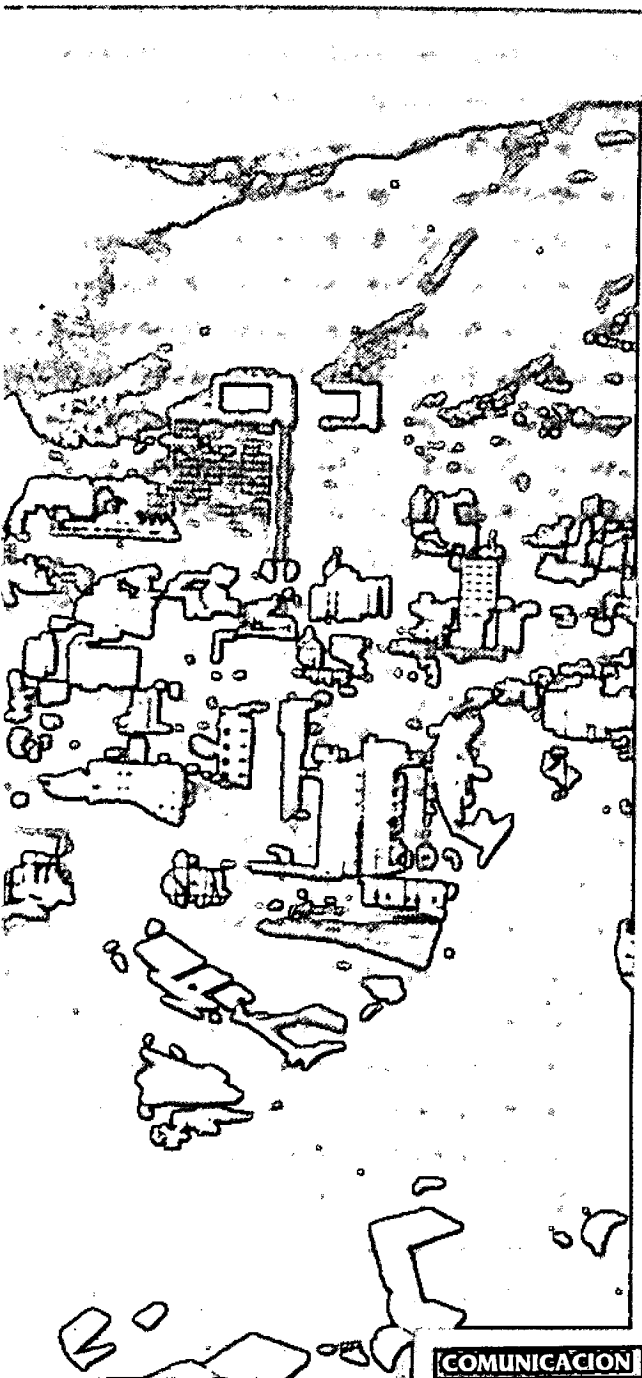


# Retrato cultural de una ciudad inconclusa

Marianela Balbi



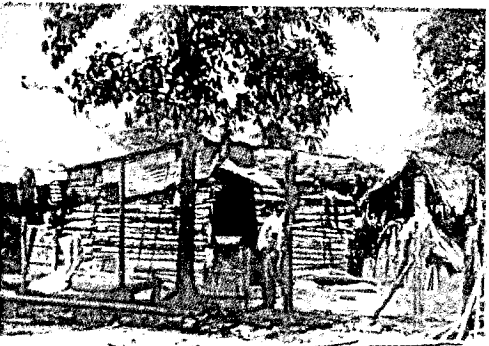
"La ciudad asusta", sentencia tajantemente ese pensador e ideólogo de lo urbano que es Jesús Martín-Barbero. No nombraba a Caracas pero la intuía por desencajada. Y aún más, por saberla disgregada, fragmentada y cruzada de fisuras irreparables. Desdibujada por un imaginario cultural que deambula sin reconocer su centro natural, innato, y que pareciera perpetuar su íntimo forcejeo por hallar su propia condición mestiza, inconclusa. Caracas, más que ninguna otra, es la rutilante estampa de una metrópoli que extravió los senderos de su territorio y se transformó en un laberinto de reflejos que emergen ensamblando un imaginario radical que bien define Armando Silva —ese otro estudioso de la simbología urbana— como la dinámica engañosa que reconstruye una visión diferente de la propia realidad que se tiene por verdadera.

Si acaso es cierto que la violenta transformación urbanística perpetrada contra su fisonomía fue una de las causantes del proceso que desvirtuó los rasgos culturales innatos de la ciudad, no es menos cierto que la imposición de una reelaborada simbología cultural, absolutamente marcada por el oficialismo y la institucionalidad ejercidos sin tregua alguna en los últimos años, ha sido otro de los factores fundamentales en la distorsión de un espacio cultural urbano que exige permanecer un tiempo más en su propia indefinición para nutrirse del enriquecedor proceso de hibridación que impone las reglas del fin de siglo.

En uno de sus rostros, Caracas exhibe un tatuaje contemporáneo. El graffitty de antigua data y nueva vocación testimonial, es sólo uno de sus intrincados dialectos. Los muros soportan así la expresividad iconoclasta de un lenguaje que vocifera la diferencia, la ambigüedad, la opacidad, con su ingrediente de perversidad y su toque de ingenua irreverencia. Y junto a él, sin demasiados linderos geográficos de por medio, traslucen intactos los códigos reconocidos de la cultura ortodoxa, perfectamente alineados en sus estrictos puntos cardinales que, en el mejor estilo neoyorkino, han comenzado a autodefinir sus propias especificidades marcando las claras delimitaciones entre los circuitos convencionales y aquellos donde palpitan los *outsiders* y los *off-off*, delimitación ésta que muy poco tiene que ver con verdaderas propuestas estéticas y que confiesa más bien la selección natural que ha de practicar la cultura en la ciudad.

En esta paradoja, en esta esquizofrénica escisión de su personalidad, transcurre la actividad cultural de la metrópolis, reconocida por dispensar una muy generosa oferta cultural fuertemente condicionada por la urgencia de una vistosa difusión que asegure la contabilización de logros por concepto de espectáculo mostrado. ¿Sobreestimación exhibicionista? ¿Simulacro de fiesta en momentos de debilidad política y en pleno padecimiento económico?

La profunda crisis económica y ética que sufre Venezuela no ha mermado la intensidad de los planes y



programas culturales. No en vano el sector ha visto crecer sus dineros públicos en un 282% en los últimos cuatro años. Hoy en día la cultura maneja un presupuesto de más de seis mil millones de bolívares pero valdría la pena intentar una disección simple de ese presupuesto para validar una sospecha: el perenne divorcio que existe entre la necesidad expresiva de aquella ciudad híbrida que busca reconocerse en su propio reflejo, y los canales de difusión decretados por las políticas de Estado. Es cierto, siempre ha existido tal separación y no deja de ser ingenua esta apreciación, pero de lo que se trata es de desenmascarar el doble y una falsa intención de diversificación, descentralización y democratización de la cultura.

Si no es así, ¿se explica acaso que el 57% del presupuesto del Conac en 1993 sea asignado directamente por el presidente de esa institución, o que solamente 19 entes tutelados del Conac, todos ellos con sede en Caracas, absorban el 23% del total de la torta presupuestaria? ¿Qué argumentar sobre la intención de descentralizar y diversificar la cultura cuando las cifras confiesan que en 1992 el 78% de los subsidios otorgados por el Congreso a los grupos culturales se concentran en instituciones caraqueñas? Poco tiene de representati-

va esta distribución de los bienes culturales.

La ciudad deviene escenario de una simulación cultural, testigo portador de esa "belleza alienada" de la que hablan ciertos teóricos como Armando Silva, y que se produce tan comúnmente en el Tercer Mundo cuando se actúa "bajo el simulacro del primero, reemplazándolo sin propiedad de tal manera que su forma elaborada es más bien testimonio de la forma del otro, autorepresentación de una cultura".

Asistimos entonces al constante remedo de una estética que poco o nada contiene de los asombros y preguntas que produce la propia ciudad, esa que transcurre estrepitosamente por el subsuelo y que no es siquiera modelo cercano de aquello por lo que suspira, aun cuando constantemente ritualice sus equivocadas formas por necesidad de afirmarse como metrópoli de decorosa oferta cultural.

La muestra es su constante ciclo de hitos programáticos y la estratégica saturación de excesivos menús culturales que no sólo reafirman la mezquina disposición de confraternizar con las diferencias que cohabitan en la ciudad sino que reducen la cultura a ser el eterno pasaporte a la elaboración de una imagen, bien sea del Estado hacia la sociedad o del país hacia afuera.

Si bien han roto los cercos geográficos de las instituciones que detentan el poder cultural (delimitados por el conocido cuadrilátero formado por el Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imbert, el Teatro Teresa Carreño, el Ateneo y el conjunto integrado por la Galería de Arte Nacional y el Museo de Bellas Artes), la dinámica participación de empresas privadas —a través de sus Fundaciones— en la difusión y promoción cultural, especialmente en los últimos cuatro años, ha reforzado ostensiblemente esa otra función social de la cultura: la de ser reparadora inmejorable de la imagen corporativa, esta vez no del Estado sino de instituciones financieras —principalmente— empresas públicas, organizaciones, etc.

Pero tampoco la empresa privada ha resultado ser portadora de formas no convencionales de la cultura a excepción, quizás, de experiencias muy particulares como, por ejemplo, la Fundación Bigott que asumió como línea de investigación y difusión el universo de la cultura popular. En todo caso jamás se habrían esperado mayor amplitud de esta incursión privada en la cultura.

Continúa así en perenne orfandad aquella ciudad de la que hablábamos al inicio del texto, ansiosa de reconstruir su propio imaginario, deseosa de mostrar la legitimidad de su vacuidad, de continuar deambulando en constante marcaje de un territorio que violenta cualquier imposición de límites.

Probablemente, en esa espontánea incursión territorial, esta forma de cultura urbana se hermane a inimaginables expresiones populares que aún pululan en ciertas comunidades de profundas raíces nacionales y que resucitan en cada celebración social y religiosa sobreviviendo fielmente en barrios caraqueños. Es el caso de los velorios de Cruz de Mayo, de las parrandas decembrinas, de las celebraciones de festividades donde reina el tambor, el cuatro y la bandola aún alegran la esquina, donde se escucha el llamado de San Juan, el repiqueteo de los cueros del Barlovento llegados intactos a la ciudad, el ancestral canto de trabajo. Marín, El Carpintero, El Valle, resultan ya nombres familiares en el itinerario de la otra ciudad, la oculta, la ajena, la que emerge instintivamente, la que quiebra la aberrante homogenización que ha logrado imponer el régimen oficialista en estos tiempos de opulencia cultural.

Dos experiencias aisladas, creadas prácticamente por generación espontánea, han demostrado fervientemente la autenticidad de esta tendencia: recuerdo el fragor de la fiesta que encendieron los músicos franceses del grupo pop Mano Negra en pleno corazón de Marín. Recuerdo una de las poquísimas celebraciones masivas, aquella tarde de festival cuando el teatro tomó la calle... Por un instante la ciudad no asustaba.